

GUEVARA IN MEMORIAM: UN FUEGO LEJANO E INTENSO*

por Ernesto López**

El fuego entonces se alejaba y se iba haciendo más intenso por la Quebrada del Yuro arriba.

Pombo

Un fuego lejano e intenso

A partir de la muerte del Ché, la política cubana hacia América Latina vivió un proceso de paulatino repliegue. El entusiasmo revolucionario inicial quedó detenido. La Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) - creada para apoyar la actividad insurgente del Ché en el subcontinente- se desvaneció y la pujanza de la primera hora devino prudencia.

Sin embargo, el escenario latinoamericano fue testigo de una tendencia inversa. Lo que marcó el comienzo del fin de un proyecto para los dirigentes de la Revolución Cubana, resultó un movimiento de signo inverso protagonizado por vastos sectores de la juventud militante del continente. Fue como si ese fuego de balas lejano e intenso que perseguía al Ché en su penoso -y, finalmente, trágico- repliegue en la quebrada del Yuro, que relata Pombo en su diario, se hubiese convertido en fuego de fuego y se hubiese esparcido por doquier. En México, Centro América, Colombia, Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, se mantenían, se iniciaban o se reiniciaban movimientos guerrilleros. Y la insurgencia popular, con una fuerte impronta juvenil, reaparecía conforme un arco que iba desde Tlatelolco, en una punta, al Cordobazo, en la otra. En todos ellos habitaba un aliento guevariano, en alguna medida mezclado con las entonces en boga teorizaciones sobre la dependencia.

Precisamente a indagar el impacto de las concepciones guevarianas y su prolongación en algunas de las teorizaciones sobre la dependencia están

* Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes.

** Sociólogo. Profesor Titular Ordinario. Director del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes.

orientadas estas notas, con referencia a la Argentina y, en particular, al peronismo, entre la segunda mitad de los sesenta y los primeros setentas.¹ En dicho período, Argentina vivió un inédito proceso de “peronización” de sus capas medias, de activación política -como nunca antes- de sus segmentos juveniles (la mayoría de los cuales terminó alineada con el viejo general entonces exilado en Madrid) y de ejercicio rebelde de la resistencia armada, al punto que ambos rasgos -“peronización” y radicalización, en el sentido de una asunción consentida o efectivamente practicada de la violencia- pueden ser considerados dos trazos predominantes del período. La Juventud Peronista y la organización guerrillera Montoneros² pueden, asimismo, ser largamente considerados los emblemas de esa época, así como el 17 de noviembre de 1972 -fecha del primer regreso de Perón a la Argentina, tras 18 años de ostracismo- una plebeya y desafiante Epifanía actuada por el General, los jóvenes y la guerrilla.³

Procuró, entonces, indagar la conexión y el arraigo de determinadas concepciones del Ché y de las teorizaciones sobre la dependencia, no sólo en los Montoneros sino también en amplios sectores del peronismo de aquella época, en particular la juventud, sobre sectores nóveles o de incorporación reciente a la política y aún sobre sectores no peronistas que se peronizaron y se radicalizaron. Parto de la concepción de que los diversos discursos que proponen y sustentan tanto formulaciones teóricas cuanto prácticas políticas específicas, tienen distintas posibilidades de ser escuchados y/o asumidos

¹ Por concepciones guevarianas voy a entender en este trabajo sus puntos de vista propiamente políticos o sociales sobre América Latina, exclusivamente, dejando expresamente afuera la consideración de sus formulaciones sobre estrategia revolucionaria (esto es, la teoría del foco o foquismo). En lo que se refiere a las teorizaciones sobre la dependencia haré referencia a algunos de los autores más leídos de ese momento como André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini o Theotonio dos Santos, entre otros.

² Las organizaciones guerrilleras peronistas del período fueron 3: Montoneros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) -que comenzaron su práctica pública hacia 1970, con un discurso netamente guevariano y, luego, se peronizaron rápidamente- y los Descamisados. En 1973 se fusionaron las tres, bajo el nombre común de una de ellas: Montoneros.

³ Reconocimiento especial debe merecer la actuación de Héctor J. Cámpora, por ese entonces delegado personal de Perón en la Argentina, en los sucesos que culminaron con el primer retorno de Perón a la Argentina. Poco tiempo después y, poscripto una vez más el General, ganó como candidato sustituto las elecciones de 1973, convirtiéndose en el primer presidente peronista desde 1955.

según: a) su mayor o menor capacidad para dar cuenta de la realidad; y b) las condiciones económicas, sociales, culturales y políticas que envuelven a emisores y receptores, es decir, según el contexto en que son emitidos.

Son mis tesis, que las ideas del Ché sobre América Latina fueron retomadas y -en algunos casos- reelaboradas por las teorizaciones sobre la dependencia. Que ambas tuvieron un impacto significativo sobre amplios sectores del peronismo, sobre sectores juveniles y/o de incorporación reciente a la política, y aún sobre sectores no peronistas que se “peronizaron” y se radicalizaron. Asimismo, que dicho impacto fue solidario con lo que más arriba he denominado el contexto. Es decir, que existían en la Argentina y en el peronismo condiciones particulares para que las concepciones del guevarismo/dependentismo nutrieran discursos políticos que repercutieron de una manera significativa en el sentido de una radicalización y de una “peronización” que tuvo alcances de masas; esto es, que trascendió el ámbito de la mera militancia. Pero aquellas concepciones no solamente influyeron sobre las organizaciones armadas las que, luego, “enmasarían” sus propuestas. Sino que tuvieron una difusión más amplia -en la Universidad, en el movimiento obrero a través de la CGT de los Argentinos, en público lector por intermedio de libros como el de Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*- que generó algo así como un “caldo de cultivo” a nivel general, con independencia de la gestión de las guerrillas. Las propuestas de éstas vendrían a coincidir con -y a formular en un nivel más alto de significación- algo que se encontraba ya como potencia en amplios sectores de la sociedad. Finalmente, la capacidad de reclutamiento y la receptividad tanto del discurso propiamente político de las organizaciones guerrilleras peronistas cuanto de los parámetros doctrinarios guevariano/dependentistas se explicarían por su adecuación con la realidad argentina de entonces. Una Argentina estancada, “desnacionalizada” económicamente desde la caída de Perón, políticamente excluyente, como se verá con algo de detenimiento más adelante. En pocas palabras, en la vigencia de la consigna “Liberación o Dependencia” -levantada por ese vasto conjunto mencionado arriba, que podría denominarse “izquierda peronista”, como síntesis de los objetivos por los que se luchaba en ese período- se conjugaron más elementos que la sola acción propagandística de las organizaciones guerrilleras.

Podría decirse, quizá, que un proceso de “montonerización” afectaba a una vasta porción de la sociedad argentina. Por éste entiendo un proceso de radicalización y de asunción -practicada o consentida- de la violencia ocurrida en el interior del peronismo y de sectores juveniles de reciente incorporación a la vida política, o de sectores medios inicialmente no peronistas que se peronizaron y, aún, de peronización y guerrillerización como fue el caso de las

FAR. Era, también, una manera de pensar la Argentina y la manera de hacer política en ella. Abarcaba así a las organizaciones armadas de aquel entonces, a sus estructuras de superficie, a activistas sindicales y estudiantiles, a los intelectuales y a los divulgadores, y a los simpatizantes no orgánicos de todo este movimiento. Las guerrillas peronistas, expresaron el más alto nivel de significación política de este proceso que, sin embargo, las excedía y las comprendía. Y del que, por lo tanto, eran al mismo tiempo gestoras y resultado.

Las concepciones guevarianas y las dependentistas asociadas a aquella fueron constituyendo, en América Latina, un espacio conceptual que se estructuró en polémica con las versiones más ortodoxas del pensamiento y la práctica de izquierda en el continente. En rigor, la concepción guevariana (y su prolongación en el dependentismo) se desarrolló en una profunda controversia con las expresiones más ortodoxas del marxismo-leninismo en el plano teórico y con la mayoría de los Partidos Comunistas latinoamericanos, en el ámbito político de la izquierda. Dicha controversia condujo virtualmente a la ruptura entre esos espacios, tanto intelectuales como específicamente políticos. Basta recordar que el único PC que concurrió a las OLAS fue el uruguayo. O que Mario Monje le disputó al Ché -previo ofrecimiento de renuncia a su cargo de Secretario General del Partido Comunista de Bolivia, con lo que dejaba fuera del proyecto a su partido- la conducción de las operaciones en ese país.

En Argentina ocurrió otro tanto sólo que, en este caso, las circunstancias y las controversias tuvieron un sesgo particular de complicación debido al involucramiento de una parte del peronismo en las mismas.⁴

Ché: "el valor de la rebeldía" y las condiciones objetivas

No es preciso esperar a que estén dadas todas las condiciones para iniciar un proceso revolucionario, el foco puede crearlas, estimaba el Ché. Prolijo en la descripción y en la explicación de los mecanismos que llevarían a la generación de las condiciones subjetivas -"enseñar el valor de la rebeldía" diría en su mensaje *Al primer congreso latinoamericano de juventudes*- es más bien escueto en la caracterización de aquellas condiciones que estimaba dadas en América Latina: las objetivas. El "subdesarrollo" latinoamericano, ese enano de cabeza enorme, tórax henchido y "miem-

⁴ Debe, por lo demás, recordarse que las relaciones entre izquierda y peronismo fueron siempre difíciles en Argentina, dados los desencuentros producidos entre ambos desde los orígenes de aquél.

bros que no articulan con el resto de su anatomía⁵ era, en su opinión, el resultado de la armonización de los intereses del latifundio con los del imperialismo.⁶ Este, además de mantener una “supremacía absoluta” en todo el territorio (o mejor, por lo mismo) operaba una “distorsión” (los encomillados son del Ché) de las economías de los países subordinados⁷. Los resultados del subdesarrollo eran, a su juicio: bajo salarios, subempleo, desempleo y explotación. Situación que se resumía en el concepto de HAMBRE DE PUEBLO (así con mayúsculas)⁸. Este HAMBRE constituía el subsuelo objetivo que abonaba la posibilidad del desarrollo de las condiciones subjetivas.

Era terminante, asimismo, respecto de lo que entendía como la incapacidad de las burguesías nacionales de llevar adelante una lucha antiimperialista.⁹

Caracterizaba, además, a los gobiernos de los estados latinoamericanos como títeres, cuando no débiles e impotentes frente a las potencias hegemónicas¹⁰; dictatoriales en el amplio sentido de que producían una violación sistemática de la legalidad que ellos mismos instauraban¹¹ y a los ejércitos respectivos como mercenarios.¹² Vale decir que conforme a su concepción las democracias de entonces eran o bien como teatros de marionetas, o bien formalismos insustanciales que amparaban poderes de facto que actuaban tras bambalinas. Adecuadamente percibe, asimismo, el intervencionismo militar como puesto al servicio de aquellos poderes de facto.

⁵ CHÉ GUEVARA, “Cuba ¿excepción histórica o vanguardia de lucha anticolonista?”, en *El socialismo y el hombre en Cuba*, México, Grijalbo, 1971, pág. 30. En adelante todos los escritos del Ché citados remiten a esta recopilación.

⁶ Idem, págs. 30 y 31; “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, pág.152; “Mensaje a la Tricontinental”, págs.138-139. Imperialismo era la denominación que, conforme la conceptualización leninista entonces en boga, se le daba al capitalismo dominante, preferentemente al norteamericano.

⁷ Ibid., “Cuba...”, pág. 30; “Táctica...”, pág. 148.

⁸ Ibid., “Cuba...”, págs. 30 y 31; “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, pág.152; “Mensaje a la Tricontinental”, págs. 138-139.

⁹ Ibid., “Cuba...”, pág. 34; “Guerra de guerrillas un método”, págs. 70 y 86; “Táctica...”, pág. 148; “Mensaje...”, pág. 133.

¹⁰ Ibid., “Cuba...”, pág. 31; “Táctica...”, pág. 152; “Mensaje...”, pág. 132.

¹¹ Ibid., “Guerra...”, pág. 72.

¹² Ibid., “Guerra...”, pág. 76; “Mensaje...”, pág. 133.

Como es sabido, la historia latinoamericana se encargaría de probar sobradamente, durante las décadas de los sesenta y de los setenta la validez de estas apreciaciones.

En este contexto, la acción política solo tenía sentido como acción revolucionaria. La revolución, en América Latina, debería ser socialista y la vía, inevitablemente armada.

El Ché era, qué duda cabe, por sobre todo un hombre de acción. Esas vetas de su pensamiento que se han consignado arriba -que coexisten junto a otras que no se consideran aquí: el socialismo, el hombre nuevo- quedaron sin mayor desarrollo. Aparecen en sus escritos más bien como enunciados que como cuestiones problematizadas y desarrolladas en profundidad. Y es comprensible que fuera así, pues sus urgencias eran otras. Sus temas, sin embargo, fueron retomados por otros pensadores. Y era natural también que esto sucediera. La teorización sobre las condiciones objetivas no podía quedar relegada. Además de constituir un insumo para el desarrollo de la teoría acerca de cómo precipitar las condiciones subjetivas (esto es, creo, en definitiva la teoría del foco), ésta se desenvolvía en el marco de una polémica con las concepciones tradicionales de los PC latinoamericanos, como se ha mencionado ya.

En este contexto surgieron hacia 1965 (la fecha significativa, pues es con posterioridad a que el Ché esbozara las líneas de su pensamiento) las primeras teorizaciones sobre la dependencia.

Las teorizaciones sobre la dependencia

En ese año -1965- Octavio Ianni publicaba su *Sociología de la sociología en América Latina* y R. Stavenhagen daba a conocer sus *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*. Por la misma época André G. Frank, en conferencias pronunciadas en México, anticipaba las líneas generales de lo que más tarde sería su *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*.

Ciertamente, el dependentismo reconoce otro antecedente sumamente significativo: el de las tesis de la CEPAL. Fundada en 1948, para el momento que nos ocupa -mediados de los sesentas- había desarrollado ya plenamente su cuerpo doctrinario. Quizá las siguientes palabras de A.G. Frank sintetizaban bien el papel jugado por las tesis cepalinas sobre las concepciones dependentistas: la CEPAL logró “desarrollar los elementos de un análisis incisivo de los síntomas del subdesarrollo latinoamericano” pero no alcanzó a “realizar un análisis igualmente incisivo de las causas del

subdesarrollo y de una estrategia igualmente capaz de superarlo” (curs.:E.L.).¹³

Las relaciones guevarismo-CEPAL-dependentismo merecerían ser objeto de un trabajo específico, pues parecen ser más intrincadas y cercanas de lo que habitualmente se cree. No puedo ir aquí, empero, más allá del rescate sintético de la relación guevarismo/dependentismo.

Los temas del Ché son los temas del dependentismo. La distorsión de las economías dependientes, por ejemplo, por parte de las potencias capitalistas hegemónicas, ha sido tratada según sus perspectivas particulares, entre otros, por: A.G. Frank (*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*), T. Dos Santos (*El nuevo carácter de la dependencia*), F. H. Cardoso y E. Faletto (*Dependencia y desarrollo en América Latina*; menciono uno de entre varios trabajos de cada autor). La funcionalidad del “atraso” (el “latifundio” guevariano) respecto del “mundo desarrollado” y sus influencias recíprocas, por Frank, Dos Santos, Marini, (en los trabajos mencionados), González Casanova (a través, v.gr., del concepto de colonialismo interno en su *Sociología de la explotación*), para citar sólo a algunos. El tema de la explotación de la fuerza de trabajo latinoamericana, así como la tendencia a la claudicación de las burguesías nacionales, por Frank, Marini, Dos Santos y Bambirra (*El capitalismo dependiente latinoamericano*), entre otros. Lo mismo podría señalarse en relación a los problemas de empleo (otro tema guevariano) derivado de la articulación del “atraso” a las zonas desarrolladas de las sociedades dependientes y del uso de una tecnología industrial capital-intensiva. La conclusión de Frank -compartida en líneas generales por los teóricos de la dependencia- de que desarrollo y subdesarrollo eran las dos caras de una misma moneda, y que por lo tanto y a pesar de su dinamismo posible, el mundo dependiente nunca abandonaría su situación de tal dentro del capitalismo¹⁴ avalaba el carácter inevitablemente socialista de la revolución latinoamericana.

¹³ A.G. FRANK, “Cepal: política del subdesarrollo”, cit. por GONZÁLEZ CASANOVA en “Corrientes críticas de la sociología latinoamericana”, en NEXOS Nº 5, México, mayo 1978. En un sentido similar se expide V. BAMBIRRA, *Teoría de la dependencia, una anticrítica*, México, ERA, 1978. No habría que subestimar, tampoco, la influencia que sobre el plano teórico tuvieron también las concepciones económicas de P. Baran. Como asimismo, en el plano más propiamente político, la de la revolución argelina.

¹⁴ Cabe aclarar que Cardoso y Faletto se distancian de esta coincidencia a través del concepto del desarrollo asociado.

En el marco de una discusión que, nacida en el terreno de la política, se resumía en la oposición entre vía pacífica = reformismo vs. vía armada = revolución, las teorizaciones dependentistas se ubicaban dándole un aire conceptual y aún académico a la vía armada. La Revolución Cubana (y las concepciones del Ché) resultaron una sacudida para la conciencia teórico-política latinoamericana. Y por lo mismo, una fuente de inspiración. No puede sin embargo decirse que de una manera directa las teorizaciones sobre la dependencia se pusieran al servicio de la teoría del foco. Pero sí se puede proponer, en cambio, una relación de complementariedad en términos generales, en la que aquellas conservaban un margen variable -según los casos- de autonomía.

Guevarismo, dependentismo y "montonerización"

La dependencia económica, la dependencia tecnológica y el colonialismo cultural fueron temas del peronismo incluso con anterioridad a la efervescencia de las teorizaciones sobre la dependencia. Estas no vinieron más que a reforzar las interpretaciones que ya existían como un "ambiente" en el peronismo. A modo de metáfora podría proponerse que así como la noción de "Tercera Posición", esbozada por Perón en la segunda mitad de los cuarenta, anticipaba la de "Tercer Mundo", así también sucedía con aquel "ambiente" y las teorizaciones sobre la dependencia. De modo que no puede resultar inesperado que entre la "izquierda peronista" y las teorizaciones sobre la dependencia se estableciera una fuerte corriente de afinidad. Es conveniente, sin embargo, puntualizar algunas condiciones de la Argentina en el período posterior a 1955 -fecha del derrocamiento de Perón mediante un golpe de Estado que se conoce con el paradójico nombre de "Revolución Libertadora"- que abonan el terreno de la relación guevarismo/dependentismo/"montonerización" y el de la masificación de ésta.

Por un lado, la resujeción de la economía argentina a los centros económicamente hegemónicos del "mundo occidental", resultante de la decisión inicial de dicha "Revolución Libertadora" de *desperonizar* la economía y el Estado, distó de arrojar resultados positivos. Con el paso del tiempo, algunos de sus resultados terminaron pesando gravosamente sobre el ánimo y la disposición de la gente para aceptar nuevos proyectos y/o nuevos ordenamientos: la pérdida de una perspectiva de desarrollo autocentrado de nuestro país, la sucesión de proyectos económicos incapaces de resolver los problemas del crecimiento, la tendencia a la caída de la participación de los trabajadores en el ingreso, etc. parecían darle la razón al Che. Lo mismo que

la rearticulación de un bloque -no siempre bien avenida- en el que convivían la vieja oligarquía agroexportadora y los sectores más concentrados del capital transnacional, que relegaba al empresariado vernáculo a un papel de mero "socio menor" de aquél.

En el plano político, la persecución de Perón y del peronismo, la tendencia recurrente a proscribirlo políticamente impidiéndole participar en elecciones nacionales (o provinciales de importancia) y la permanente ruptura por parte de los sectores dominantes de la legalidad democrática que ellos mismos pretendían instaurar produjo, también, un saldo pesadamente negativo. Esta exclusión del peronismo -siempre militarmente sostenida y asentada de uno u otro modo sobre un golpe militar- en tanto entrañaba la negación de una pacífica vía fundada en la competencia electoral y la saña represiva demostrada por los "libertadores", confirmaba la insustancialidad de los mecanismos electoral/democráticos y otorgaba credibilidad a la tesis que sostenía que la guerra le había sido declarada al pueblo en 1955.¹⁵ La cercanía con las concepciones del Ché es nuevamente notoria.

¹⁵ En materia de persecuciones y represiones no se le ahorraron al conjunto del peronismo ni padecimientos ni violencias. El fallido golpe de Estado de junio de 1955 incluyó un indiscriminado bombardeo, por parte de aeronaves de la Aviación Naval, de la Plaza de Mayo, donde se habían concentrado decenas de peronistas al enterarse de los sucesos en curso (y donde se hizo realidad una de las más coreadas consignas de la época, "la vida por Perón": hubo en ese episodio más de un centenar de muertos y de 800 heridos). Como bien se sabe, el cadáver de Evita estuvo secuestrado durante 18 años. Fue primero robado y, luego, sepultado clandestinamente en un cementerio italiano. Perón estuvo políticamente proscripto durante 18 años. En 1957, el Servicio de Inteligencia del Ejército (argentino) atentó contra su vida, en Caracas. En 1964 fue obligado a regresar a España, donde residía, desde el aeropuerto de San Pablo (Brasil), a pedido del gobierno argentino de entonces. El general, que tenía el propósito de regresar a su país, venía en vuelo desde Madrid. En 1972, cuando pudo por primera vez ingresar a la Argentina desde 1955, estuvo 24 horas "demorado" en el aeropuerto de Ezeiza, rodeado de militares fuertemente armados. Pudo más la presión del movimiento sindical, de los jóvenes -en particular de la Juventud Peronista y de Montoneros, que en las principales ciudades del país se atrincheraron en los barrios periféricos, dispuestos a hacerlos arder- y de la gente común. En 1956, un grupo de militares peronistas que intentaron un contragolpe de Estado fueron fusilados por sus camaradas, no obstante las garantías que se les ofrecieron al momento de la rendición. Igual suerte -pero actuando esta vez, los represores, en una forma solapada y clandestina que anticipó los métodos de la dictadura de 1976- corrió un grupo de militantes, en los basurales de la localidad de José León Suárez. La interdicción del peronismo fue

Completando el cuadro de las semejanzas, la Resistencia Peronista - primer oleada de resistencia violenta al orden post 55, protagonizada por el activismo sindical y basada en la colocación de explosivos de fabricación casera, que la memoria popular conserva con la denominación de "caños"-ofrecía un ejemplo de asunción de una violencia insurgente.

Perón mismo expuso en diversas circunstancias la tesis de que la violencia de abajo era justa frente a la violencia de arriba. Terminó acuñando una definición que se haría célebre a comienzos de los setenta: "la violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia" y legitimando a las organizaciones guerrilleras peronistas, a las que con el nombre de "formaciones especiales" concedió un lugar dentro del Movimiento que conducía. Por añadidura, hizo reconocimiento público de que el mundo se inclinaba hacia la izquierda y admitió la denominación de *socialismo nacional* para su modelo ejemplar de organización político-social.

Un último rasgo debe consignarse para facilitar la comprensión de lo que se está exponiendo. El PC argentino era, para la época que nos ocupa, una organización política en decadencia. Si el guerillerismo se abría paso en América Latina a través de una dura porfía con los PC de la región, el argentino no tenía nada que ofrecerles a quienes pretendieran desarrollar una práctica conectada a las perspectivas revolucionarias que había abierto la Revolución Cubana en el continente.

Tales, pues, en líneas generales, las condiciones de la Argentina y del peronismo que posibilitaron el procesamiento político de las concepciones

también intentada. El decreto 4161 del año 1955 dispuso castigar con la cárcel la sola mención pública de los nombres de Perón, Evita y/o el Partido Peronista. Los periódicos debieron inventar fórmulas -que algunos continuaron usando hasta entrados los años setenta, cuando ya no regía el mencionado decreto- que les permitieran sortear esa disposición. Los diarios La Prensa y La Nación utilizaron indistintamente "el dictador depuesto" o "el tirano prófugo". La mayoría de los legisladores con mandato vigente en 1955 fueron procesados por traición a la patria y encarcelados con independencia de la sustanciación de los procesos judiciales. La Confederación General del Trabajo (CGT) fue intervenida, lo mismo que buena parte de los sindicatos. Los dirigentes sindicales fueron perseguidos y encarcelados masivamente. Estos son apenas algunos de los hitos de la política represiva antiperonista inaugurada en 1955 (aquí se ha seleccionado ex profeso los próximos al año antedicho). Con variantes, se mantuvo incólume hasta 1973. Con la instauración del terrorismo de Estado en 1976, esta continua política represiva se profundizó hasta niveles monumentalmente trágicos y también se extendió hacia sectores no peronistas.

guevaristas/dependentistas por parte de amplios sectores de aquél, por sectores juveniles de reciente incorporación a la vida política y de sectores que fueron primero guerrilleros (o “duros” en general) para peronizarse con posterioridad.

Todos los fuegos el fuego

Si el “montonerismo” tuvo su Epifanía puede también decirse que tuvo su Calvario. Los prolegómenos de éste despuntaron en los desencuentros entre Perón y la Juventud Peronista, de 1973. Comenzó a tomar forma bajo el gobierno de Isabel Perón, con la aparición de la Triple A¹⁶. Y se precipitó con el golpe de 1976.

El Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), conocido con el nombre de *Nunca Más*, afirma en su Prólogo “...que la dictadura militar produjo la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje”¹⁷. La macabra contabilidad de los resultados represivos del autodenominado *Proceso* -la dictadura militar iniciada en 1976- no está completada aún. Pero puede sostenerse que la mayoría de los detenidos, de los torturados y de los desaparecidos pertenecía a ese espacio político que indistintamente he venido denominando “montonerismo” o “izquierda peronista”.

No es este el lugar apropiado para analizar las razones que condujeron a la derrota de las organizaciones guerrilleras y a la dispersión y agonía políticas de sus millares de seguidores. Sería una tarea que no sólo sobrepasaría los objetivos de este escrito. Sería también complejísima: la segunda mitad de los setenta comenzó a anunciar un extraordinario viraje de los tiempos históricos, que hacia finales de los ochenta se hallaba ya consumado. ¿En qué medida estaban, más allá de los errores específicos de concepción, condenadas al fracaso sin saberlo, simplemente por los mandatos de Cronos, las rebeldías de izquierda de aquellos tiempos? ¿Cómo mirarlas y leerlas desde este hoy tan diferente en circunstancias, conceptos y valores?

Procurando no extralimitar excesivamente el modo en que se pensaban entonces las cosas, examinaré brevemente dos temáticas conceptuales del

¹⁶ La Alianza Anticomunista Argentina (AAA) fue una organización parapolicial dirigida a asesinar a dirigentes y activistas de la izquierda peronista y de la izquierda en general.

¹⁷ *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba, 1984, pág. 7.

complejo guevariano/dependentista y su modo de ser incorporadas en el espacio de la "montonerización", que encuentro por diversas razones significativos.

La concepción guevariano/dependentista poseía un núcleo antiimperialista duro. El sistema capitalista era definido como imperialista, prácticamente a la manera leniniana, en el doble sentido de que constituía: a) una fase (superior) del desenvolvimiento de aquél, dominada por la presencia del capital monopolista; y b) un sistema internacional de dominaciones de unos países sobre otros, bajo la hegemonía norteamericana. La lucha antiimperialista era, así, un combate doble: contra los designios de la potencia hegemónica que -como había pasado en Cuba- movía tras bambalinas los hilos de los gobiernos títeres, y contra el capitalismo como sistema económico-social. Por añadidura, los empresariados vernáculos eran vistos como débiles e inoperantes. No había, entonces, desde esta manera de concebir las cosas, mayores alternativas. Antiimperialismo y socialismo iban de la mano. El "montonerismo", que abrevaba en la larga historia de enfrentamientos del peronismo con los Estados Unidos, incorporó el antiimperialismo guevariano/dependentista prácticamente como venía de origen, sin matices ni adecuaciones, con lo que perdió de vista el ancho espacio por el que aquél (el peronismo) se había desempeñado en función de gobierno: un capitalismo de Estado, con fuertes tintes nacionales y movilizador de los sectores subalternos de la sociedad. Capaz, por lo tanto, de enfrentarse duramente con la potencia hegemónica de turno, pero no de cuestionar el sistema capitalista como tal. Este modo de concebir las alternativas de desenvolvimiento nacional era todavía predominante en Perón y en el conjunto del Movimiento que conducía, no volcado hacia la "montonerización", cuando Cámpora primero y, luego, el mismo General llegaron a la presidencia. Sin dudas, estas profundas diferencias de concepción estuvieron en la base de los desentendimientos entre Perón y el "montonerismo". Y condujeron a un desencuentro¹⁸ que tendría, tanto para el segundo como para el país, consecuencias funestas.

Otro tema relevante -especialmente si se lo mira desde la actualidad- es el del planteo en torno de la democracia. En las formulaciones del Ché es

¹⁸ Un ejemplo de esto fue el brutal asesinato de José Ignacio Rucci, por entonces Secretario General de la CGT, a manos de los Montoneros, muy poco tiempo después de que Perón ganara las elecciones de 1974. Montoneros no reconoció oficialmente, nunca, el hecho. Pero son sostenidamente señalados, por diversas fuentes, como los autores materiales del hecho.

desestimada. Se la considera un recurso más al servicio de la dominación omnímoda del gran capital. A su modo de ver, las democracias eran protagonizadas o bien por gobiernos títeres, o bien se tornaban fachadas vacías e insustanciales, con el mismo fin: servir a la dominación económica. Los ejércitos, por su parte, eran definidos como mercenarios, como hemos visto. Como instrumentos puestos al servicio de los poderes económicos y/o de las potencias hegemónicas. De aquí, precisamente, surge el calificativo de “mercenarios”.

En la Argentina, para la época que se está considerando, ambas previsiones se cumplían al pie de la letra. El peronismo fue sistemáticamente excluido de las contiendas electorales importantes, y los golpes de Estado - que fueron varios en el período iniciado, precisamente, con el golpe de Estado de 1955- y los gobiernos dictatoriales que surgieron de éstos, tuvieron siempre un fuerte contenido antiperonista. Pese a los esfuerzos de algunos analistas o investigadores sociales por maquillar la historia, el período comprendido entre 1955 y 1973 puede ser definido, en su totalidad como no democrático, en tanto se le negó posibilidades de participación política al partido mayoritario y electoralmente más significativo de la Argentina¹⁹. De modo que el peronismo posterior a 1955, en su conjunto, tuvo una actitud de sospecha frente a la democracia y de poco compromiso hacia ella. El “montonerismo” no fue ajeno a esta inclinación, que en su caso se potenciaba por el hecho de prestarle consentimiento al ejercicio de una violencia que se suponía, de buena fe, revolucionaria. Sin embargo, el peronismo histórico -permítaseme llamarlo de esta manera en contraposición a un peronismo de más reciente formación, como el “montonerismo”- había ganado elecciones, había gobernado un país republicano y conocía la arrolladora potencia electoral que poseía. De manera que recelaba de la democracia y no se mostraba dispuesto a reverenciar ninguna de sus formas. Pero tampoco se proponía renunciar, en absoluto, a no servirse de ella cuando dispusiera de oportunidades. El “montonerismo”, en cambio, estructuró en consonancia con las concepciones guevariano/dependentistas y en contraposición a la experiencia histórica del propio peronismo, una mirada sumamente estrecha de la democracia, que terminó por conducirlo a trágicos callejones sin salida. Formó parte de sus desentendimientos con Perón y de su incapacidad para pensar alternativas

¹⁹ Basta mencionar como ejemplo, que el peronismo ganó todas las elecciones presidenciales en las que participó desde 1946 hasta la fecha, excepto las de 1983, en las que su candidato obtuvo el 40% de los votos (como se recordará, triunfó Raúl Alfonsín, candidato de la Unión Cívica Radical, con un poco más del 50% de los sufragios).

políticas con posterioridad al golpe militar de 1976, cuando el sostenimiento de la lucha armada se convirtió en una empresa directamente suicida. De lo que resultó que uno de los fuegos esparcidos desde la Quebrada del Yuro terminó, finalmente -como tantos otros, en el subcontinente- trágicamente extinguido.

La revalorización de la democracia que sobrevino tras la larga y neblinosa noche de las dictaduras latinoamericanas y la descomunal vuelta de página histórica que se selló en 1989, con la caída del Muro de Berlín, que precipitó mudanzas tan vertiginosas como sorprendentes parecen haber cerrado, definitivamente, el ciclo vital de las concepciones del Ché.

Tengo la impresión, sin embargo, que un pequeño fuego se conserva aún como un rescoldo. El de su ejemplo de altruismo, de generosidad, de consecuencia, de desprendimiento, de solidaridad, de entrega, de entereza y de justa rebeldía. Junto a su calor -y frente a las desmesuras de un mundo de vértigos, inmoralidades y sin sentidos- su grito de guerra reclamando siempre la victoria seguramente se llenará de nuevos contenidos y sobrevivirá, pese a todo.